

EPÍLOGO A LA SUBVERSIÓN EN COLOMBIA¹

EL CLÍMAX: GUERRA Y URIBISMO

El propósito de este epílogo *post-scriptum* es actualizar el análisis histórico precedente que, por obvias razones, se detuvo en el año 1965.

1. Un examen resumido de la historia reciente, a partir del régimen del Frente Nacional para llegar al año 2008.

2. Un análisis de la política de “seguridad democrática” vista como clímax sumatorio y saturante de la problemática de la violencia múltiple en Colombia.

3. Una propuesta para la construcción de un nuevo orden social, el quinto de la serie histórica.

MÉTODO Y PERTINENCIA

Para realizar estas tres tareas, como es de rigor, seguiré empleando el marco teórico que ha seguido mi análisis de la historia de Colombia a partir de los aborígenes, marco comparativo que incluye cuatro elementos: los valores sociales, las normas, las institucio-

¹ Texto extraído de *La subversión en Colombia: el cambio social en la historia*, Bogotá, FICA/CEPA, 2008, pp. 249-275.

nes y las tecnologías, como se fueron presentando y variando en las épocas determinadas. En los capítulos 9 y 10 intento proyectar estos elementos, con resultados insatisfactorios por falta de desarrollos objetivos: no consideré necesario eliminar estos dos capítulos, porque teóricamente llevan al esquema triangular que explica el paso de un orden social a otro, empleando la teoría de retractación de la utopía de Gustavo Landauer. Me propongo retomar este esquema, ya con bases reales provistas por la reciente historia, como aparece en la última sección de este epílogo.

Para el análisis de la historia más reciente a partir del Frente Nacional, que aquí he bautizado como *orden social-burgués*, los cuatro elementos constitutivos del orden se encuentran, en general, vinculados unos a los otros. Sin embargo se pueden enfatizar aspectos de uno u otro según la naturaleza de los procesos reclusos en las presidencias a partir de Guillermo León Valencia (1964), para terminar con Álvaro Uribe Vélez (2008). En el caso de este último, he dado prevalencia a los factores valorativos relacionados con la característica principal de su gobierno, como es el “guerrerismo”, política cobijada bajo el manto de una “seguridad democrática” que seguramente combina los cuatro elementos teóricos aquí presentados. Lo he hecho así por el gran peso que tienen el belicismo, el armamentismo, las Fuerzas Armadas, los guerrilleros, los paramilitares, el narcotráfico y las mafias para la supervivencia de Colombia como país civilizado y respetable en el conjunto de las naciones. Además, por los peligros que el guerrerismo uribista tiene por la deformación del *ethos* cultural afectado por la inhumanidad del conflicto, causada por la violencia que hemos venido sufriendo los colombianos.

Es, pues, conveniente que al hacer la lectura de este epílogo no se olviden las imbricaciones elementales que afectan normas, valores, instituciones y técnicas y que cualquier plan alterno, como el quinto orden, tendrá que tomar en cuenta para la reconstrucción nacional.

De esta manera, no sólo se da coherencia a este libro, a pesar de haberse comenzado hace 40 años, sino que sigue siendo también para los estudios de la antihistoria, o la historia vista desde

las bases populares, pertinente con los métodos y conceptos de aquella época, adaptados al presente. Se abre la posibilidad de utilizar los mismos conceptos y métodos de análisis, aunque hayan cambiado de nombre en algunos casos, como expliqué en el prólogo. Paso entonces a rememorar los tiempos recientes.

Como miembro de la generación de la Violencia —nacido en 1925—, me he preguntado muchas veces, junto a otros, si en el largo período de 60 años de conflictos internos palpables y agudos, Colombia ha perdido definitivamente su reconocido temple de nación tranquila, progresista, sin guerras fronterizas, en una sociedad más bien bucólica y culta, sencilla aunque señorial de postín, para convertirse en un pueblo bélico, espartano, cruel e insensible a los horrores de enfrentamientos fatales, de delincuentes, criminales y mercaderes de la muerte.

¿Habremos llegado a tales profundidades culturales para sentir que la guerra y el conflicto son cosas tan frecuentes y aceptables que se han convertido en expresiones normales de la vida colectiva, sin que produzcan mayores preocupaciones? ¿Quedan aún resquicios de órdenes sociales anteriores donde la cooperación, el altruismo, la construcción, el amor y el respeto a la vida y heredad humanas puedan todavía ser recuperados y activados?

Verá el lector que ha habido períodos desiguales en los que el belicismo florece, seguido de otros caracterizados por búsquedas afanosas de la paz. Se dirá que ello puede ser lo usual en toda sociedad humana. Pero el caso de Colombia es único en el contexto latinoamericano, y ello no deja de ser motivo de preocupación. Porque 60 años de guerra casi continua puede ser un récord mundial, algo de lo que no podemos enorgullecernos. Por lo menos sería conveniente abrir el compás para entender si seguimos hoy aceptando una “normalización de la violencia” con todas sus aberraciones y distorsiones de cultura y personalidad, o si ya hemos tenido suficiente suplicio y merecemos llegar a la etapa de la reconstrucción social, moral, política y económica que nos merecemos.

Como lo desarrollo en este epílogo, creo que vamos en esta segunda dirección a causa de fenómenos de saturación guerrerista

y acumulación criminosa de los últimos períodos, en especial el actual de “seguridad democrática”, para plantear lo que puede ser el *Kaziyadu* o renacer de un orden nuevo, y satisfacer el quinto orden de la serie histórica que analicé en los capítulos precedentes.

EL RITMO DE LA HISTORIA RECIENTE

El Frente Nacional (*orden social-burgués* de los capítulos 7 y 9) quiso ser un acuerdo de paz entre los dos partidos principales. Hubo gestos conmovedores. Sin embargo, esta alianza para repartirse el gobierno resultó su talón de Aquiles: fue freno para el cambio social necesario y raíz de la corrupción estatal que hasta hoy vuela impune por todos los niveles del Estado. Además coartó la plena expresión democrática de los partidos.

En vez de paz, se intensificó el conflicto interno con la absurda decisión del gobierno de Guillermo León Valencia (1964) de perseguir y bombardear a los grupos campesinos desplazados en Marquetalia, ya con la experimentada dirigencia de Manuel Marulanda o Tirofijo. De nada valieron los constructivos oficios de una comisión universitaria ante el Gobierno y la Iglesia. Aquel irracional y fútil ataque selló el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y de los reductos sureños de donde las FARC nunca volvieron a salir.

El belicismo como política de Estado, al afectar la estructura de valores, empezó a armar sus toldas, y las guerrillas anteriores, lejos de terminarse, pasaron a nuevas etapas de actividad.

Después del análisis parcial sobre la presidencia de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), ofrecido en el capítulo 9, se pueden ver ahora, en perspectiva, las limitaciones reales que tuvieron los gobiernos: el de Lleras Restrepo, el de Misael Pastrana (1970-1974) y el de Alfonso López Michelsen (1974-1978). A aquella descripción se pueden añadir los siguientes desarrollos:

1. En cuanto a Lleras, su importante papel en reconocer el problema agrario como fundamental, creando la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), que recibió por un tiem-

po, de manos del presidente, las llaves del arca de la paz. No fue una iniciativa cualquiera: respondía a una vieja inquietud desde la década de 1920, cuando en Colombia empezó la migración del campo a las ciudades, lo que llevó a fraguar las primeras iniciativas sobre reforma agraria que culminaron en sucesivas leyes frustradas.

La primera Violencia, que se alimentó de esta falla, produjo los desplazamientos, forzados por la política, de una vereda a otra, según voluntades partidistas. Con el correr del tiempo y sin soluciones, el desplazamiento se fue convirtiendo en problema mayúsculo, hasta hoy (2008). Sin embargo, el campo se fue tecnificando más y más, empezando con haciendas tractorizables.

Al recordar la primera ANUC, se habrían visto con buenos ojos aquellas batallas por la tierra que casi cubren el mapa de Colombia. Yo mismo participé de aquel prodigioso esfuerzo, cuando se combatió el latifundio y la pobreza rural, y se pusieron bases para concretar la “investigación telética”, hoy IAP. Era el mejor momento del desarrollismo oficial, al que algunos dirigentes siguen llamando *reformismo*. Pero las fuerzas reaccionarias revivieron ante el gran surgimiento popular de la Anapo de Gustavo Rojas Pinilla (descrito en el capítulo 9), cuyo triunfo electoral de 1970, frustrado por el “chocorazo” ministerial de medianoche, dio el triunfo a Misael Pastrana. Al mismo tiempo alentó la formación de otra importante guerrilla, la del Movimiento 19 de Abril (M-19), de origen urbano y de clases medias. Una vez en el gobierno, Pastrana adoptó su “Operación Colombia” prourbes e impulsó a los terratenientes con el Pacto de Chicoral, y se desató la guerra contra la ANUC, que provocó la división de ésta. El conflicto general siguió, y se multiplicaron los desplazados de la tierra. Para estos fines se utilizaron elementos tecnológicos y nuevas normas con las que se definió el orden social existente.

2. En cuanto a las antielites posibles, como se figuraban en 1967, se desató lo ocurrido con la disidencia liberal de La Ceja, que en 1966 volvió a las toldas del “lopismo” e ingresó al gobierno de López Michelsen (1974-1978). Allí pudieron constatar el desastre del paro nacional de septiembre de 1977, reprimido con

furia y sin contemplar ni respetar los justos motivos económicos de la protesta. Hubo, pues, crisis en el desarrollismo-reformismo de la época. Los otros disórdenes analizados de 1967, que daban cierta esperanza para la subversión neosocialista, apenas si mostraron esbozos de su acción, tales como la antielite universitaria, los grupos progresistas en las Fuerzas Armadas, el interés por la teología de la liberación en las iglesias y en los grupos estimulados por la Alianza para el Progreso del gobierno de Kennedy. Sin embargo, su repunte puede registrarse con más claridad hoy en los movimientos neosocialistas hacia el *quinto orden* presentados más adelante. Lo más lamentable fue que la guerra siguió.

Presidentes como Belisario Betancur (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990) comprendieron los componentes valorativos del orden y buscaron la paz, a pesar de los primeros fuertes ataques del narcotráfico. Sufrieron el asesinato de cuatro candidatos presidenciales (los meritorios Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, Luis Carlos Gálán, Carlos Pizarro, además de Manuel Cepeda, entre otros). En noviembre de 1985 el país horrorizado observó cómo el Ejército Nacional, enardecido por ideologías reaccionarias y por un triunfalismo ciego, ignoraba la Constitución y desobedecía al presidente Betancur buscando erradicar al M-19, que se había tomado el Palacio de Justicia, en Bogotá. Este inútil error se pagó con la muerte de los guerrilleros y los magistrados de la Corte Suprema, y con la ruptura de los procesos de paz. Ocurrió el implacable genocidio de la Unión Patriótica, evidente crimen de Estado.

Turbay Ayala (1978) no ayudó con su represivo Estatuto de Seguridad. César Gaviria (1990-1994) auspició la Asamblea Nacional Constituyente, de la cual nació un nuevo pacto por la paz y el progreso: la Constitución de 1991. El desarme y retorno a la civilidad de un buen número de guerrillas fueron tareas sobresalientes de la necesaria pacificación: Movimiento 19 de Abril (M-19), Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), Ejército Popular de Liberación (EPL), Quintín Lame, Corriente de Renovación Socialista (CRS). Sólo el ELN y las FARC no se plegaron en parte por un inoportuno bombardeo a La Uribe (Meta), sede de

éstas. Poco después se crearon las “autodefensas” o “paramilitares”, con cuya actividad se intensificó la guerra.

Sin embargo, el desarrollismo asumió entonces su papel beligerante en la forma más salvaje del neoliberalismo capitalista. Los propósitos prácticos y regionalistas de la nueva Carta fueron quedando archivados, y las tentaciones del narcotráfico fueron corrompiendo la política, convirtiéndola en un travestismo inaceptable, el de la “parapolítica” de hoy, alimentando así la vieja espiral de la violencia que tres autores en 1962 habíamos descrito como una gigantesca boa constrictor que apretaba y ahogaba a la sociedad y la cultura colombianas. Y la guerra siguió.

Los presidentes Ernesto Samper (1994-1998) y Andrés Pastrana (1998-2002) también se acercaron a las metas valorativas de la paz. Por primera vez se concedió suficiente espacio y tiempo a tan vital empresa. Hubo canjes y recuperación de secuestrados.

En la zona desmilitarizada del Caguán los colombianos pudimos estudiar 10 asuntos estratégicos con los comandantes de las FARC. A éstos se les vio desarmados e informales. Con varios de ellos se pudo discutir sobre la crucial cuestión agraria. Fue, pues, una rica oportunidad para recordar y retomar los principios ideológicos que habían dado origen a las guerrillas colombianas en general, y a las FARC en particular, cuando el paso de guerrilleros por una zona se acogía con beneplácito por las bases, con gestos de cooperación y mutuo beneficio, sesiones de formación política y avivamiento de esperanzas. Estos hechos serían ensombrecidos por posteriores errores de desinformación, inmadurez o arrogancia que no dejaron de tener dolorosas consecuencias en la eficacia militar y política, las que en el Caguán se habrían podido empezar a corregir con honestidad y valentía, en apoyo de los objetivos superiores y éticos de la lucha armada. La experiencia se extendió demasiado, exasperó al público que esperaba decisiones, y se observaron abusos de poder y manejo que desacreditaron el esfuerzo y abrieron la puerta a nuevas y más extremas soluciones.

RAÍCES, GRIETAS Y PERSPECTIVAS

Los decibeles de la violencia fueron subiendo año tras año, a partir del susurro del ministro conservador Montalvo en el Senado, en 1949, cuando impartió con bendiciones episcopales de hoy venerables beatos, la troglodita consigna de arremeter “a sangre y fuego” contra los oponentes liberales. El susurro se convirtió en grito en cuello con la orden presidencial de no “dejar ni la semilla” (hijos) de los “enemigos de la patria”, orden a “pájaros” que inventaron entonces el “corte de franela” y el de “la corbata” con filudos machetazos. Y la espiral violenta fue subiendo con exquisita técnica para intimidar a la sociedad, al convertir los machetes en motosierras para facilitar los descuartizamientos y desplazamientos territoriales.

Chapinero (en Bogotá) y Medellín, centros magnos de descuartizadores, descubrieron nuevas técnicas: con cuchillos, martillos y palas; a pedacitos con trinchas, como lo hizo una madre con su hijito. A la senadora Piedad Córdoba, a raíz de sus bienvenidos esfuerzos en pro de la liberación de los secuestrados, una catterva de gobiernistas energúmenos la recibió con insultos a bordo de un avión. “Una sobrecarga de la violencia a bordo”, comentó un cuerdo periodista, sobresaturado de lo mismo. No fue sorprendente que a raíz de la marcha del 4 de febrero de 2008, los reaccionarios cavernícolas que siempre han usado el magnicidio como política de Estado —maldición del país durante el siglo XX, a partir del asesinato, en 1914, de Rafael Uribe Uribe por herético y socialista— hubieran amenazado de muerte al presidente del Polo, Carlos Gaviria Díaz, “si se atrevía a salir a la Plaza de Bolívar a exponer las políticas pacifistas de su partido”, amenaza que obligó a los medios a recalcar la necesidad de la “tolerancia”, para evitar desbordamientos incontrolables.

Las razones son claras: después del llamado “fracaso pacifista” de Pastrana, el péndulo de la opinión pública se inclinó hacia la intensificación de la guerra. Los electores encontraron un paladín en el ex gobernador de Antioquia, Álvaro Uribe Vélez, donde habían nacido, con su venia, los nuevos “pájaros” o “chulavitas”,

ahora llamados “paramilitares”, para imponer orden y control. No hubo pausa para sopesar mejor esta polémica experiencia.

Pero los proyectos continuaron. El país, con Uribe al mando, se embarcó en la más intensa y dura opción bélica de los últimos tiempos. Y este paso fue complejo e intenso, dibujándose como un proceso acumulativo y saturante de todo el instrumental e historial de violencia que provenía del siglo XX, con su trágica espiral. La pregunta es si seguimos paralizados por el monstruo de la violencia, si estamos normalizando todavía su existencia, o si podremos darle el vuelco necesario.

Hay dos perspectivas nuevas que ahora parecen permitir mayor esclarecimiento. La primera es la sensación de que el conflicto interno colombiano no puede dar más, y que ha llegado al punto de decantación sociocultural, económica y política más allá del cual puede por fin ocurrir la temida descomposición nacional interna de tipo estructural y superestructural, con pérdidas de soberanía, algo parecido a una balcanización territorial-regional o a una disolución estatal, con o sin autogolpe, con o sin guerra civil. A estas temidas posibilidades se puede añadir la guerra externa con los vecinos Venezuela y Ecuador, que a los *war mongers* guerreristas nacionales y extranjeros satisfaría sobremanera por permitirles ensanchar sus negocios, peligro con el que se ha cortejado de manera ligera en meses recientes. ¡Vaya opciones!

Hace un poco más de una década, a causa de los proyectos sobre regionalización que preparaba la Comisión de Ordenamiento Territorial, se me acusó de estar propiciando el fraccionamiento del país. Y con esa torpe campaña sólo se consiguió aplazar las disposiciones constitucionales sobre la materia. Hubo, no obstante, el significativo experimento de creación de la primera Región Administrativa y de Planificación (RAP) entre 2000 y 2004, por voluntad de los gobernadores de seis departamentos —Tolima, Huila, Nariño, Cauca, Caquetá y Putumayo—, que lograron demostrar ante el país y en el exterior las ventajas de la regionalización: la región surcolombiana, con sus provincias, sigue viva con su Secretaría en la Gobernación de Nariño. La vanguardia de este movimiento ha pasado ahora (2008) a la región Caribe,

con la elección del gobernador del Atlántico, el ex delegado Eduardo Verano de la Rosa.

Pero sigue habiendo obstáculos en la sombra, indicios de que se está llevando a cabo, casi a la fuerza, un ordenamiento territorial que refleja toda la violencia existente. Muchos han reparado en los peligros de disolución nacional que ahora se originan con el control del territorio, como es el caso, por ejemplo, de la alianza que vienen construyendo ciertos dirigentes de la costa atlántica y Antioquia, desde hace muchas décadas con la compra de tierras en Córdoba, ahora a través de grupos armados que buscan reforzar intereses de lucro y poder, con la posible autonomía de una región nueva: la costa paisa, con centros en Cauca y El Carmen de Bolívar, y con el sombrero vueltiao y el carriel como símbolos. Es una vergonzosa expansión paramilitar, guerrillera y mafiosa a la que le fue fácil imponerse sobre la gente costeña, cuyo *ethos* cultural había sido conformado por los valores de la paz, la apertura, la tolerancia y la alergia a lo castrense.

Mancillada por la violencia andina, la clásica región costeña entró en crisis. De poco sirvieron las previsiones sobre este asunto que hicimos con el notable periodista Armando Benedetti Jimeno, en Sincelejo, durante la campaña presidencial de 2002. Difícil defenderse en el contexto del belicismo. Pero detener esta tendencia bélica sería un esfuerzo regional reconstructivo y digno, sin esperar apoyos del Gobierno central ni del interior de la república, a menos que cambien su tono y dejen de jugar con la suerte del país que va quedando.

Sesenta años de guerra, un récord mundial, parecen ser más que suficientes. *¡Enough is enough!* Decía Churchill en 1945, hacia el final de la Guerra Mundial. Aunque a veces no se vea, tal puede ser el sentimiento mayoritario colombiano de 2008. “¡Estamos ahítos de la actual situación de milicias, guerras y violencias!”, decimos aquí. Y ello puede ser índice de que la disolución nacional es hoy más posible que antes, a causa del autoritarismo imperante. Ahora hay una sumatoria en el destructivo proceso de nuestra violencia múltiple, que sólo se pagaría con la pérdida de las libertades. Quedaría la oportunidad reconstructora de la

subversión moral en el punto crucial de interacción instrumental de nuestra sociedad, como adelante lo detallo. A menos que se quiera, de manera criminal, desbordar el conflicto interno y convertirlo en internacional.

La segunda perspectiva esclarecedora es que está ocurriendo lo que parecía más difícil: un comienzo de articulación del neosocialismo en su modalidad autóctona, raizal o radical, como solución *in extremis*, al abrirse paso un *quinto orden*, según nuestro esquema analítico general. Y en ello está envuelta la política de “seguridad democrática” del uribismo, en su sentido real y no aparente o manipulado, como se ha ejercido aquí.

Para empezar con el primer motivo, recapitemos un poco: las referencias a la necesidad de rebeldes y herejes para trabajar por la paz y la pronta transformación socio-política, económica y cultural son recurrentes en este libro y tienen actualidad. Está aún vigente el sacro derecho a la rebelión justa. Con excepción parcial de lo que empieza a hacer el Polo Democrático Alternativo, sus *ad lateres* y predecesores, ¿cómo no han podido llegar al poder y desplazar a los responsables de la tragedia? ¿Y por qué no se destapan las “causas objetivas” de los conflictos, a lo que se refirió el presidente Betancur? Es fácil descubrirlo: con la violencia múltiple sembrada desde los palacios, la masacre premeditada, el magnicidio, el narcotráfico y el paramilitarismo camuflado, como el que se está organizando peligrosamente en las ciudades. Además, dejando que las mafias secuestren a los gobiernos, tanto los locales como el nacional.

Añádanse otros índices de violencia y conflicto, como los usuales sobre delincuencia, pobreza, hambre, desplazamiento, violencia intrafamiliar, etc., más innumerables campos minados, fosas comunes y los patéticos ríos de sangre y cadáveres, y obtendremos un tétrico retrato de la realidad colombiana actual, empeorada desde hace por lo menos dos generaciones. Así nunca habría seguridad ni democracia, ni la ilusoria paz de las carreteras, apuntalada por tanques y tropas para solaz de bañistas e industrias de turismo.

EL CLÍMAX DE LA VIOLENCIA ACUMULADA

En efecto, puede verse que el régimen del Frente Nacional (*orden social-burgués* que sigue hasta hoy) no cumplió su promesa pacificadora, y que la guerra continuó, adoptando nuevas formas de violencia. Ya ésta no era sólo bipartidista: ahora adquiriría dimensiones económicas, religiosas y de narcotráfico. La pobreza rural que afectaba a todos los elementos del orden social-burgués se alivió y se frustró la reforma agraria por enésima vez, haciendo que el campesino se refugiara en los cinturones de pobreza de las ciudades y acudiera más y más a las urnas. Se levantaron en guerrillas contra el sistema y el régimen dominantes. Las políticas neoliberales empeoraron la situación, sin crear suficientes empleos, pero abrieron cauces para la introducción e inversión de dineros ilegales que fueron apoderándose de las industrias nacionales y del Estado.

La delincuencia y criminalidad se agudizaron y llegaron a índices nunca vistos. De poco valieron las reformas constitucionales de 1991, que se dirigían a aliviar, por lo menos, las peligrosas situaciones creadas, como en el reordenamiento territorial que buscara un equilibrio regional e interregional. Y el fracaso del Caguán dramatizó que sus gobiernos habían perdido el rumbo. Sólo la violencia, ahora múltiple, subía en intensidad, formas y efectivos. Se movía hacia un clímax saturante en el que la militarización de la nación y la socialización de la guerra eran políticas aceptadas por gran parte de una población que prosperaba materialmente, pero que se empobrecía espiritualmente. En esta transición empezó a deformarse el *ethos* cultural y a destruirse el alma del colombiano reconocido.

Con estas nuevas tendencias probélicas en pleno auge, apareció en el año 2001 la candidatura presidencial del doctor Uribe. Él había sido denunciado en 1997 por la revista *Alternativa* como fundador e impulsor de las cooperativas Convivir, que se convirtieron en guaridas de paramilitares, los más temibles criminales conocidos del país, en adelante empleados para combatir las guerrillas con la anuencia directa o indirecta del Gobierno. Llenó la

copa de la expectación y barrió con las otras candidaturas en la elección de 2002. Pero aquellas dudosas decisiones en Antioquia con sus muestras de ilegitimidad han perseguido al presidente, que no ha podido descartarlas, como si fuera el trágico destino del desgraciado navegante a quien le seguía, día y noche, la sombra del albatros, el pájaro de la muerte, según el poema de Coleridge. La posesión del cargo fue premonitoria: cayeron morteros en el Palacio de Nariño, con la acusación renovada de tratarse ahora de un régimen ilegítimo de origen, lo que quedó aún más claro en la reelección de 2006, dominada por los paramilitares y congresistas hoy en la cárcel. Y la violencia subió de nivel, y el orden social-burgués se vio en peligro de disolución, por quedarse con un Congreso Nacional sin solvencia moral.

Las tendencias a la intensificación de la guerra estaban marcadas, y el presidente Uribe se encargó de traducirlas a la práctica gubernamental con relativa eficacia. Se reforzaron las Fuerzas Armadas. Las dos guerrillas —ELN y FARC— se replegaron a las selvas y al mismo tiempo se militarizó el espacio nacional con pleno cubrimiento, con ayuda de los Estados Unidos. También aumentó la presencia del capital subterráneo y la guerra entre mafias, que pasaron al dominio político y al control territorial. Las grandes comunidades afrocolombianas creadas en el Chocó empezaron a ser invadidas por los “paras”, fenómeno que fomentó la expansión de la pobreza y del desplazamiento.

Las tensiones estructurales del orden no se aliviaron, y sus grietas se abrieron todavía más. La militarización de la sociedad procedió a su plenitud, con el beneplácito de mayorías electorales que acudieron a reelegir al presidente. Algo inusitado, porque era apenas el segundo de cinco casos a partir de Rafael Núñez, en que un mandatario lograba pasar a un segundo período. Semejante logro fue el premio adjudicado a quien ya personificaba a la nueva oligarquía que, apoyada con armas y en narcóticos, creía haber encontrado la mejor salida a su crisis secular: Álvaro Uribe fue reelegido en 2006, y el conflicto continuó con fuerza. Veamos algunos de los principales factores involucrados en este proceso.

SOCIALIZACIÓN DEL GUERRERISMO

1. Con el mandato de la “seguridad democrática” refrendado en las urnas, el nuevo régimen uribista empezó a irradiar desde la Casa de Nariño los valores sociales adecuados a sus fines. El primero y más notable ha sido el del *autoritarismo*. Éste se ha afirmado fácilmente en la tradición nacional del padre duro y gritón. Tal fue la imagen que el presidente proyectó, en especial, durante el primer período.

2. Se ha empleado un *lenguaje sibilino* inspirado en George Orwell y su novela *1984*, para convencer a las masas sobre las bondades del régimen cuando éste en realidad sólo trataba de mantener el *statu quo* y defender intereses creados. Hay elocuentes ejemplos de ello, como los siguientes:

En primer lugar, ha sido la manipulación del clásico concepto del “delito político” ligado a la idea de sedición, que quiere poner en el mismo plano la resistencia y la rebeldía como, por ejemplo, Moisés y Espartaco, ambos culpables de delitos políticos de alta motivación moral. Ahora la situación gubernativa colombiana es peor, y las motivaciones tienden a nublarse. Este gobierno olvida o pasa por encima de doctrinas ortodoxas como las de la guerra justa de Santo Tomás de Aquino, las motivaciones bélicas de un Cromwell, las luchas de la Gaitana de Chocontá en la Independencia, seguidas por las fuerzas de Nariño, Bolívar y Santander —*bandas* según los realistas—, que eran los subversivos de la época, hasta cuando, con su triunfo, quedaron consagrados como Libertadores. No pueden cortarse con la misma tijera al Padre Torres y a Jorge 40. Los gobiernos han estado terrible y quizás dolosamente desorientados. No parecen tener un norte ético.

Otra manipulación de informática es la del indiscriminado empleo del término *terrorismo* que, como se sabe, fue ideado y utilizado hace muchas décadas para fines concretos de guerra en los países del Norte. De allí se exportó al Sur, y en Colombia lo repiten como loros. Puede haber sinónimos castizos más sonoros y específicos, menos vacíos de sentido.

El paroxismo presidencial sobre “terroristas” aplicado a las FARC, ELN y otros grupos armados viene de hace tiempo, pero de manera obsesiva en el caso de recuperación de presos o rehenes en el Guaviare por helicópteros venezolanos (enero de 2008). Casos como éste son índices de la supina ignorancia de nuestros gobiernos colonos. Las autoridades mundiales sobre este tópico están en el Norte. Dejémosles a ellos esa dudosa distinción, con lo que disimulan sus crímenes de Estado actual (quedarían incurso de terrorismo al imponer las fumigaciones con glifosato sobre población y naturaleza, porque son causa de grave destrucción y muerte); el gobierno ha cometido crímenes de lesa humanidad y de lesa naturaleza, comparables a los del Al Qaeda de Afganistán y al ETA de España. Recordemos que en esos países —incluso en California— el gobierno norteamericano no ha permitido el uso de ese veneno. En cambio, hay que especificar en cada caso de qué hechos o actos se trata, y de sus motivaciones. Y dejemos la famosa lista internacional en la pila de desechos que merece en la historia.

Resultó positivo emplear a fondo la labia convincente del “culebrero” paisa, apoyado por expertos mediáticos guiados por las técnicas del Gran Hermano que todo lo ve, en cuyo Estado la verdad es mentira y la mentira es verdad. Para ello los medios de comunicación colaboraron sin ambages.

Además se inventaron consejos comunitarios en los municipios, que se constituyeron en mecanismos de control gubernamental. Allí quedó evidente la gran capacidad de trabajo del presidente Uribe y su extraordinaria memoria (le ganó a Turbay Ayala). Se han diferenciado de los Consejos Comunales inspirados en la IAP (investigación-acción participativa), en los que la regla es proceder de las bases hacia arriba, privilegiando y respetando a los dirigentes locales auténticos.

3. La situación guerrerista se encaminó en diversas direcciones, para asumir representaciones y *valores bélicos*, como es la creación de soldados campesinos, política que ha destruido la esencia de la familia rural; la mezcla de lo formal e informal en la sociedad al asumir patrones abiertos o encubiertos, como en

una presidenta del Congreso Nacional que aparece con uniforme de capitán del Ejército con los despachos oficiales; el auge de universidades y colegios militares; la bendición de sables por capellanes eclesiásticos; la vigilancia privada; la promoción de la carrera militar como supremo sacrificio patriótico; el éxito a la veneración de vírgenes de sicarios con el culto de los capos y bandidos regionales, tales como San pablo Escobar en Antioquia y San Efraín González en Santander y Cundinamarca.

4. *Auge del armamentismo*, expresado en el aumento desmesurado de recursos fiscales para las Fuerzas Armadas, que ha alcanzado casi a la mitad del presupuesto nacional, en detrimento de las obligaciones constitucionales para la educación, la salud, la vivienda y otras necesidades de los pueblos. Evidentemente, cómo equilibrar esta tendencia y poner riendas a la maquinaria de guerra que vive del conflicto y de su permanencia, es parte del problema que lleva al clímax trágico en el que estamos, y peso muerto para el desarrollo.

5. *El inaceptable silencio* que sobre estos aspectos han mostrado las más respetables instituciones, como las iglesias, las academias, las cortes y las cámaras, con algunas excepciones, además. El Congreso Nacional se ha desacreditado por la “parapolítica” y ha perdido su autoridad moral.

6. *Las guerrillas asediadas* —antes partes del paisaje— en sus reductos han venido perdiendo su antigua eficacia militar y política, envueltas en problemas estructurales que desbordan su personalidad e ideología. Así han dejando inconclusa su histórica misión de cambio social y están dejando un vacío socializante difícil de llenar.

SATURACIÓN DEL GUERRERISMO

Se empiezan a expresar con fuerza las grandes mayorías que ya están cansadas de los procesos de socialización bélica atrás descritos. Hasta el momento, las mejores pruebas de esta positiva reacción se observaron en las marchas del 4 de febrero y 6 de marzo

de 2008. Por varias veces repetidas, la manipulación mediática oficial recibió la tunda que ha venido mereciendo.

El pueblo llano fue más suelto y auténtico: descubrió que estaba aún vivo y que podía pensar y actuar. Resultó más maduro de lo esperado. Su presencia activa hizo imposible la controlada maniobra que ha buscado mostrar el unanimismo de otras campañas. Ahora se oye un grito que proviene del magma histórico. “No más guerra”, “queremos el acuerdo humanitario”. Así, inesperadamente se despolarizó el país en instantes inolvidables. Es lo que en sus comentarios, algunos notables periodistas llamaron “el nuevo consenso”.

Por último, y para fines de reedición de este libro, está más claro que nuestro viejo conflicto interno no sólo ha llegado a su clímax en estos seis años de régimen uribista, sino que ha alcanzado a hacer erupción como un volcán para salpicar y llegar a países vecinos. Aunque esta extensión del conflicto venía de mucho atrás, en especial en forma de refugios guerrilleros y actos de retaliación oficial, contrabando de armas y drogas, los peligros quedaron en evidencia por el incidente fronterizo entre Colombia y Ecuador, por el ataque de las Fuerzas Armadas de Colombia al campamento del comandante Raúl Reyes, el 1 de marzo de 2008. Este hecho demostró que el conflicto interno ya había desbordado las fronteras nacionales y que se había abierto el cráter del clímax de la violencia acumulada y saturante. El manejo diplomático subsecuente, que debía destacar los principios universales de soberanía y defensa de los Estados, sólo dramatizó que se abría paso el inevitable anticlímax.

ASOMOS DEL ANTICLÍMAX

Lo que hemos visto parece demostrar que la violencia y el guerrierismo se han aclimatado entre nosotros, como resultado de la socialización del conflicto. Hemos transformado y deformado nuestro *ethos* cultural. Pero se puede también interpretar como síntomas de una saturación patológica. Cada hecho o acto que afectan los cuatro elementos analizados (valores, normas, insti-

tuciones y técnicas) llevan consigo cargas recónditas de contradicción y rechazo de las conductas implicadas. Por eso se palpa el cansancio de las rutinas anteriores, el rechazo consciente a la “normalización de la guerra”. En cambio, se perciben los síntomas positivos del anticlímax, los que serían nuestros pasos tácticos siguientes. Los últimos incidentes son prueba de las incompetencias de los gobernantes colombianos, que dejaron crecer el monstruo de la violencia y dejaron que abortaran las posibles soluciones. El presidente Uribe recibió la herencia envenenada de aquellos fracasos anteriores, y no pudo detener la ola del *tsunami* creado por la acumulación patológica.

De allí el inevitable estallido de la violencia secular que se ha observado durante su mandato. Cabe esperar que estas aguas tormentosas se vayan aquietando ante todo dentro de nuestras fronteras, porque aquí está la fuente originaria de los desastres, y que los acuerdos políticos y diplomáticos cumplan su cometido. La otra posibilidad es la reducción de la erupción del clímax para revertir su energía a las rampas circundantes del sosiego colectivo interno, el progreso general con justicia social y la paz política, posibilidad que también sentimos proceder con la reacción popular no manipulada, de las mayorías.

Así lo vimos en las grandes marchas, y en el más bello asomo del anticlímax por la paz, que fue el gigantesco concierto por “Paz sin Fronteras”, ejecutado el 16 de marzo de 2008 en Cúcuta por siete maestros de la música popular, todos de fama mundial. Los signos antibelicistas fueron claros: no se invitó a los presidentes, y los discursos, así breves, enfatizaron las consignas de todos los artistas, encabezados por Juanes, que seguramente hicieron a los obdulos guerreristas y manipuladores orwellianos de la Casa de Nariño castañetear los dientes de pura furia: “No queremos guerras”; “Queremos que los soldados y policías vuelvan a sus hogares”; “Vamos a una nueva era, como hermanos”. Doscientas mil personas vitorearon estas positivas consignas. Los pueblos quieren la paz como nunca; ahora debemos exigir de los gobiernos mayor respeto por las aspiraciones y necesidades de los pueblos.

“Vamos a una nueva era”, según los cantantes de Cúcuta. Y para ello debemos prepararnos desde ahora con generosidad, reparación y perdón. Es lógico que la dirección y la administración del anticlímax deben quedar en manos de un equipo político y humano distinto de aquel que ha dirigido y administrado el clímax guerrerista. Y hay asuntos de orientación valorativa, normativa, institucional y técnica que recomiendan este traslado. Un cambio en el Congreso Nacional, hoy sin ninguna autoridad moral, incluyendo nuevas elecciones en todas las entidades territoriales sin las coacciones y aberraciones que convirtieron en ilegítimas a las corporaciones vigentes. Y adelantar con sobriedad y respeto por los valores fundantes una nueva elección presidencial, que permita con justicia remover al actual titular. No deberá ser difícil si se sigue el ejemplo del presidente Pedro Justo Berrío en Antioquia, en 1874, cuando hizo abortar la campaña de su segunda reelección porque, como lo dijera, “él [Berrío] no era indispensable” (véanse las conferencias que dictó Fals Borda en 2004 en la Universidad de Antioquia, p. 7). Pruebas de grandeza, honestidad y verdadero patriotismo son las que se están necesitando para sortear tan difícil cruce de caminos.

La notable revista británica *The Economist* vio con claridad el peligro subyacente al sostener que, aunque “Uribe sigue siendo visto por millones de colombianos como salvador, al punto de que pueda ser demasiado popular para el bien del país”,² no podemos dejarnos engañar con estadísticas y encuestas manipuladas, porque la popularidad no confiere legitimidad, como nos lo recuerda el jurista Rodolfo Arango.

Una Asamblea Nacional Constituyente con los lineamientos mínimos de la de 1991, que era un acuerdo de paz, como lo ha propuesto el Polo Democrático Alternativo, sería indispensable.

Con todo el homenaje y el respeto que merezcan los anteriores y actuales mandatarios, a pesar del dolor y las protestas que este paso pueda inducir en quienes han sido beneficiados por las políticas descritas, el país, apenas en convalecencia, no soportaría

² Citado por *El Tiempo*, 20 de abril de 2008.

semejante desplante. Por eso, en este libro me atrevo a proponer pasos y medidas de transición que considero posibles, como viene explicado más adelante. Paz para Uribe, paz a las guerrillas, paz a Colombia y sus pueblos.

Por estas coyunturas dramáticas corre su curso el presente año de 2008, que cierra la presente obra. No puedo menos que pensar que la dinámica desatada lleve a la cúspide del clímax hacia la esperanza de solución de nuestro viejo problema. Su continuación es intolerable.

De allí el tono positivo con el que cierro estas páginas y abro la discusión sobre el futuro dentro del marco teórico de los órdenes sociales intercalados por subversiones morales. Es consecuencia lógica de lo que viene descrito, y espero que el problema quede claramente esbozado. Es el primer paso para su solución.

Según el esquema teórico adoptado en 1967, creo que el orden social-burgués, aún vigente, no ha logrado sus objetivos de paz y progreso; por lo mismo, estamos entrando a otro período de transición, a lo que Camilo Torres Restrepo llamaría *la subversión neosocialista*. Así se prepararía el advenimiento de un quinto orden que, según nuestro esquema global, incluiría los cuatro elementos mencionados atrás. El juego de estos elementos es el que examino en la siguiente y última sección de la obra.

¿HACIA UN QUINTO ORDEN?

Semienterrado el pluralismo camilista por la incomprensión y la represión, cerrado el Frente Unido y clausurado su periódico, sólo tuve espacio para reiterar la utopía (capítulo 9) y esbozar la llegada de un cuarto período subversivo moral, el “neosocialista”. Hasta aquí pudo llegar la profecía, una vez rota la ortodoxia. Y la profecía pudo apenas mencionar la llegada de un quinto orden postsubversivo que —muchos sospechan— puede identificarse con la reciente concepción política de un “socialismo del siglo XXI”, distinto del socialismo real que hemos conocido.

Aunque he criticado este mote por lo indeterminado, me sorprende que haya ocurrido semejante coincidencia en la idea. El

“socialismo del siglo XXI” puede ser el que no alcancé a detallar, sino apenas a recomendar en 1967. Pero por algo han corrido 40 años de nutrida historia, y por algo la teoría de la subversión moral se ha sostenido ante la crítica, ya incorporada en algunas enciclopedias filosóficas.

Por lo tanto, no voy a dejar aquel vacío y procederé a tomar lo esencialmente clarificado, como punto de partida. Uno es la definición formal del término *subversión* como “aquella condición que refleja las incongruencias internas de un orden social descubiertas por miembros de éste en un período histórico determinado, a la luz de nuevas metas valoradas que una sociedad quiera alcanzar”, definición muy distinta de la de “desarrollo socioeconómico” enseñada por la tradición. Otro punto de partida que proviene del capítulo 10 es el referente a los tres mecanismos de compulsión: hegemonía política, habilidad directiva, y difusión social y diáspora de elementos rebeldes. No sobra recalcarlo para los nuevos movimientos políticos, como el Polo Democrático Alternativo (PDA).

Un importante fundamento histórico para estos fines es el hecho de que el socialismo no es nuevo en nuestro país. Desde mediados del siglo XIX hay dos períodos subversivos en los que los condicionantes del cambio van inspirados por esta ideología.

Desde los artesanos, estudiantes y campesinos, de Lorenzo María Lleras y el ejército de José María Melo, en 1854, cuando llegaron al poder estatal, hasta los obreros de Francisco de Heredia, Luis Eduardo Mahecha y María Cano en 1927, hay que sumar al pionero Rafael Uribe Uribe, quien en 1904 predicó el socialismo, el grupo de Los Nuevos, y del Café Windsor, la antielite crítica de la época, constituida por las luminarias evocadas en el capítulo 7, encabezadas por don Luis Cano, León de Greiff, Carlos Lozano —el egregio suicida— y Germán Arciniegas, antielite a la que pronto se uniría la juventud anticentenario de Jorge Zalamea Borda y compañeros, más el contingente que hacia finales de la década apareció con Jorge Eliécer Gaitán, Gerardo Molina y Antonio García. Nacieron así los primeros partidos socialistas

(1924) y comunistas (1930), sin los cuales el Partido Liberal no habría accedido al poder.

No seré plañidera porque aquellos primeros esfuerzos se afectaron por las ofertas y tentaciones de la cooptación, por la dura represión y errores de estrategia y cálculo. Los trabajos y desvelos por el pueblo de muchos de estos líderes y otros se palpan y aprecian todavía. Colombia no sería la misma sin aquellos aportes: sería peor. No es éste el sitio para hacer cargos ligeros, sino para reconocer sumatorias. Por eso, a la espléndida lista de pioneros colombianos del socialismo conocido, podemos ahora añadir el nombre de Camilo Torres Restrepo como fundador de la nueva modalidad del socialismo, el de nuestro siglo, el de raíces propias, inspirado en los logros de nuestros pueblos originarios del trópico y preocupado por buscar su felicidad y progreso.

En lo que a juicios, evaluación y cargos se refiere, hay que ser justos, así a veces pueda resultar doloroso. Me refiero al reconocimiento de los aportes y esfuerzos que en nuestro país han hecho por décadas disórganos connotados, como las guerrillas ideológicas y grupos armados inspirados en causas superiores o justas en beneficio de nuestro pueblo (como lo expliqué atrás). Para el claro e inobjetable advenimiento del *quinto orden* se hace necesario que desde ahora mismo, sobre la marcha o en pasos escalonados o finales de procesos activos, se hagan cortes de cuentas al personal involucrado, exámenes serios de idoneidad moral y ejercicios similares hasta en lo administrativo y comunicativo.

Es también motivo para intensificar los estudios propios y con personal externo comprometido sobre la experiencia guerrillera y sus líderes, más de lo que se ha hecho hasta ahora, como por Arturo Alape y Joe Broderick. Hay que estudiar y usar la cabeza, habría dicho Ingrid Betancourt, la más distinguida de los presos y retenidos de las FARC.

No son suficientes los consejos de guerra que por razones de jerarquía no son eficaces, tanto en las guerrillas como en las propias Fuerzas Armadas. Se necesitan veedores internos y/o externos de temple ético e idoneidad técnica que, a semejanza de comisiones de la verdad en otros países, aíslen, identifiquen y re-

comienden castigos por violencia y crímenes de lesa humanidad, con base en los propios idearios originarios o en leyes nacionales y disposiciones internacionales, que corrijan y rehabiliten la memoria de las organizaciones históricas y sirvan de puente para el enriquecimiento del *quinto orden*.

Suficiente con recordar estos antecedentes y trabajos que destruyen prejuicios de los grupos de la reacción. La tesis se enriquece ahora con tales hechos y con la utilización de la hipótesis sobre refractación del orden social-burgués, el cuarto de muestra cuenta. Y que los condicionantes para la aparición del quinto orden, una vez cumplan la etapa subversiva del neosocialismo, ya pueden definirse e identificarse con mayor claridad que hace 40 años.

ELEMENTOS DEL QUINTO ORDEN

En efecto, hay vestigios todavía de los valores clásicos positivos y de importantes expresiones vivas de normas fundantes de nuestros pueblos originarios, tales como la solidaridad de los indígenas, el libertarismo de los afrodescendientes, la dignidad de los campesinos y comuneros, y la defensa de la autonomía de los patricios y colonos internos. Éstos son los verdaderos conformadores de la nacionalidad colombiana, aun soportando los abusos de las castas dominantes europeizantes y desaliños de foráneos explotadores. Son los grupos clave de la nueva subversión. Pueden ser pocos y parecen inermes, pero tienen el potencial de lo que Arnold Toynbee llamó “minorías creadoras”. Se hallan ya alertas y activas en países como Bolivia, Ecuador, Venezuela, Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Perú, México, Nicaragua y Paraguay.

Hasta en los Estados Unidos ha aparecido, como un rayo, un “candidato de la esperanza y del cambio”, Barack Obama, que propone trabajar de las bases hacia arriba, con y por los más pobres, que se precia de no ser “ciudadano de Washington” y de ser bisono en política, y otras tesis muy conocidas por nosotros los tropicales. El reto de Obama a los políticos tradicionales es fuerte y directo, en lo que le acompaña la juventud ante absten-

cionistas. “Acompáñeme”, dice Obama, y la multitud ruge como antes sólo había hecho con Martin Luther King.

Tal es por lo menos la esperanza de quienes desde las izquierdas democráticas radicales de todos estos países hemos querido sembrar las semillas de la comprensión y de la tolerancia, de la participación y la democracia directa, el mutuo respeto y el respeto por la vida y por la naturaleza, el cariño por nuestros ancestros y la recuperación de la historia olvidada de los pueblos. Porque para nosotros ser de izquierda significa comprender y amar.

Hemos querido construir la sociedad con ideales compartidos. Y para ello nos hemos valido de fundamentos, movimientos, partidos populares, desde el Frente Unido de 1965 hasta Colombia Unida en 1987, Alianza Democrática-M-19 en 1990 hasta el Frente Social y Político y el Polo Democrático Alternativo en 2002, hoy afortunadamente presidido por el ex magistrado y profesor Carlos Gaviria Díaz, capitán de su unidad y guía de sus avances y triunfos como la gran fuerza política nacional.

En el nuevo orden hay que dar prioridad al retorno a la tierra para todo el campesinado víctima de la guerra, en particular para los millones de desplazados por los paramilitares, desde su aparición como “pájaros”, y por su criminal usurpación de las mejores tierras productivas, como las del minifundio. Ni el actual ni los anteriores gobiernos prestaron atención a lo que desde la década de 1950 se llamó *reforma agraria*, excepción hecha durante del cuatrienio de Lleras Restrepo. La situación del campo es hoy peor, siendo que la cuestión agraria ha sido abrevadero principal de las violencias, desde el fiasco de la Ley 200 de 1936.

A esa fuente de conflictos hay que volver los ojos, y respetar, además, nuestra vocación agrícola tropical y autoalimentaria, y dejar de pensar que el “desarrollo” agrícola se hace enriqueciendo a los capitalistas del campo. Los gobernantes que así piensan y actúan traicionan la esencia de la identidad nacional y demuestran que no tienen ceñimientos, como quedó demostrado en la vergonzosa entrega de los terrenos de “Carimagua” a intereses multinacionales ligados al neoliberalismo presidencial. Así pudiera haber razones técnicas en aquella decisión, no podía haber

excusas. El gobierno uribista mostró así tener corazón pequeño y bolso grande. Allí sus preferencias políticas deben ser reconvenidas por las cortes y la Procuraduría, y sustituidas lo más pronto posible por virtud de nuestras leyes.

A los desplazados debe dárseles toda la reparación necesaria, de los recursos que hoy monopolizan las Fuerzas Armadas para continuar las políticas bélicas. Mantener la propiedad de la tierra concentrada en pocas y muchas veces ensangrentadas manos es aberrante, injusto y peligroso. Seguirían avivando indefinidamente la causa original de la violencia secular de nuestro sufrido país.

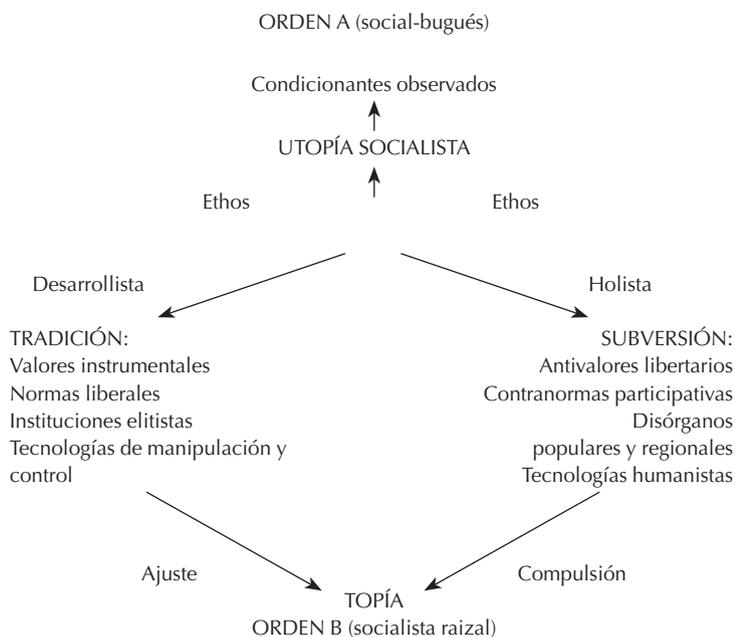
El aporte del Polo en esta estratégica materia, como grupo clave de la subversión moral hacia el neosocialismo, viene a ser fundamental, en espera de que logre resolver sus dos tensiones: la interna que permita mantener las mayorías que favorecen el cambio social y político, y la externa, que busca atacar al radicalismo de izquierda democrática y aplicar la visión del pragmatismo cortoplacista.

* * *

Siguiendo el marco telético de la subversión moral en su cuarta expresión neosocialista colombiana, podemos representar la refracción del orden social-burgués vigente por el impacto de la *utopía socialista raizal*, que como hemos visto se ha venido discutiendo desde hace tiempo.

Para plantear esquemáticamente el advenimiento del quinto orden contamos con la gráfica introducida al final del capítulo 10, que muestra cómo, en teoría, se refracta el orden vigente en sus elementos condicionantes: valores instrumentales/antivalores libertarios; normas/contranormas participativas; instituciones elitistas/disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/disórganos y grupos clave populares; y técnicas de control/tecnologías humanistas. Se crean así dos columnas opuestas: una, la de la tradición, y la otra, la de la subversión moral. Las fuerzas sociales que inciden sobre el proceso son el ajuste y la compulsión, que vienen suficientemente documentadas para crear la nueva *topía*.

Dos *ethos* se enfrentan: el desarrollista o reformista que defiende el orden, y el holista que busca transformarlo. El esquema se replica de la siguiente manera, para llegar al quinto orden.



Tales han sido los marcos, teorías, métodos y propósitos centrales del presente libro, como “visión del cambio social en la historia” de Colombia y de otros países colonizados por Europa. Queda una duda lacerante que se ha planteado muchas veces sobre el ritmo generacional y el papel de grupos clave para el cambio. Llevamos dos generaciones frustradas por el inconveniente cambio realizado por los dirigentes. Es necesario revolcar no sólo a los gobiernos sino al proceso cultural y educativo desde sus cimientos e insistir en ellos con diversos medios eficaces por otros 30 años. Colombia no puede seguir siendo el desgraciado Prometeo, condenado por los dioses a que aves de rapiña devoraran sus entrañas hasta el fin de los tiempos. ¿Lo soportaremos? La tarea en el fondo es también ética. Por eso conviene refrendar la

gran consigna de Jorge Eliécer Gaitán y trabajarla: “Por la restauración moral de la república, ¡a la carga!”.

Nuestras deidades no son tan crueles como las griegas. Apelemos a su ancestral compasión y a nuestros grandes héroes y heroínas populares, tales con los retos para grupos clave como el Polo y sus componentes con el revolcón radical necesario. Sí, a menos que sigamos con un pragmatismo corto y con la fatal mentalidad de borregos aguantadores, víctimas del manipuleo mediático. Por fortuna, hay ciertos hechos nuevos que permiten una pizca de optimismo: comentaristas cada vez más críticos, valientes, afanados por la rutina fatigante de la acumulación belicosa; la presencia masiva de participantes serenos e independientes en la marchas de 2008, ciudadanos serios que no se dejaron impresionar por el sectarismo del régimen; el despertar de la juventud abstencionista, que está entrando cada vez con mayor fuerza en la lid política que debe ser corregida; la presión internacional por el respeto humanitario que rompa el absurdo aislamiento de nuestro país por causas que los colombianos hemos visto con justificada desconfianza; el retorno a la tierra como vocación natural de nuestro pueblo tropical.

El magma refrenado por decenios empieza a hacerse visible en erupciones sucesivas. El magma es vida, es síntoma de reconstrucción. El país está dando muestras de cansancio ante los excesos guerreristas y paramilitares. Si las tendencias pacíficas continúan, como parece probable en lo que va corrido del presente año, habría espacio para tener alguna esperanza de que Colombia vuelva a los ritmos de su vena civilizatoria y cultural.

Por eso —ojalá no sea víctima del deseo—, al cerrar la presente obra no puedo menos que gozar imaginándonos libres de la boa constrictor de la guerra, deteniendo la espiral de nuestra violencia ancestral. Dos generaciones hemos resistido la tragedia nacional: es suficiente el castigo. El cambio viene y el quinto orden puede llegar. Y recordemos que, según nuestros abuelos, no hay quinto malo.